



Paternidades en las culturas contemporáneas

Ana Paula Sefton

En este artículo sintetizo parte de mi trabajo de conclusión de maestría¹ en la cual articulo identidades paternas y discursos culturales, relacionados con los campos de los estudios de género y de los estudios culturales, a partir de los conceptos de paternidad, masculinidad, género y literatura. En los límites de este texto, establezco relaciones entre las representaciones de paternidad y las pedagogías culturales, comprendiendo las mismas como una forma de educación producida en otras instancias sociales, además de la escuela, a través de piezas culturales como por ejemplo los libros, los medios de comunicación escrita y televisiva (Steimberg, 1997).

¹ Tesis de maestría: "¿Qué padres son esos? Paternidad(es) en la literatura infanto-juvenil" a ser presentada en marzo de 2006 en la Facultad de Educación de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, Brasil, en la línea de investigación "Educación y relaciones de género", bajo la orientación de la doctora Jane Felipe.

Género y paternidad

Los estudios de género muestran las relaciones de poder entre hombres y mujeres, entendiéndolos como sujetos localizados en un contexto social, histórico, cultural y espacial, sugiriendo articulaciones con otras identidades. Esa comprensión de género fue creada en el contexto de la lucha feminista; por eso, el concepto trae consi-



go las marcas de esa lucha y fue, por mucho tiempo, un concepto que se refería fundamentalmente a los estudios de las mujeres.

De esa forma, ser hombre y ser mujer depende de la forma como esas identidades son producidas culturalmente y, al mismo tiempo, de las comprensiones y subjetivaciones de cada individuo en su articulación con lo social. Además de eso, tomando en consideración el carácter social de lo femenino y de lo masculino, es necesario resaltar las distintas sociedades y los distintos momentos históricos en que esas identidades de género están siendo constituidas (Louro, 1998).

Las masculinidades, así, son una construcción social, histórica y cultural que se instituyen a partir de las relaciones de género. La masculinidad hegemónica para una determinada cultura es construida en relación con otras posibilidades de ejercicio de la masculinidad y también en relación con las mujeres. Afirmo esto porque el hombre se constituye como hombre en relación con la mujer, pero también en relación con otros referenciales de hombres; es decir, otros tipos de masculinidades. La mayoría de los hombres se esfuerzan constantemente para “alcanzar” o mantenerse en aquello que es considerado como el ideal de masculinidad (Connell, 1995 y Sabo, 2002). En el caso de la cultura occidental y, específicamente, en la cultura brasileña, el hombre blanco, cristiano, de clase media, heterosexual, bien acomodado profesionalmente, “capaz” de ser el sostenedor de una familia; un hombre que demuestre seguridad, protección y confianza es vehiculado sistemáticamente como “modelo” social.



Nuestra sociedad, hace tiempo marcada por el patriarcado, no permitió, por muchos siglos, cuestionar la fuerza, la sabiduría y la legitimidad de lo masculino. El patriarcado puede ser comprendido como un régimen de dominación de las mujeres por los hombres. En el régimen patriarcal, el “mundo” privado se refiere a funciones femeninas/maternas y el “mundo” público dirigido para las responsabilidades masculinas/paternas. Heleieth Saffiotti (2004), al explotar ese concepto, recuerda que el patriarcado está en constante transformación en cuanto a discursos, tiempos y espacios sociales. La autora también resalta que la diferencia sexual es transformada en diferencia política y que los “mundos” privado y público, a pesar de ser esferas distintas, son espacios que se interrelacionan y donde se establecen las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Así, siendo el patriarcado una expresión del poder político, vale recordar el dicho femenino: “lo personal es público”.

El patriarcado por siglos puede haber sido sostenido por la idea de que hombres y mujeres fueron considerados dos variedades de un mismo sexo. Thomaz Laqueur, en sus estudios sobre sexo, cuerpo y género, resalta la hipótesis (que fue tomada como verdad por mucho tiempo) de que la mujer era un hombre atrofiado (teoría unisexual), siendo “clasificados por su grado de perfección metafísica, su calor vital, a lo largo de un eje cuya causa final era masculina” (2001: 14-15).

Laqueur explica que a través de transformaciones políticas y epistemológicas, en el final del siglo XVII, se estructuró el género a partir del fundamento del cuerpo biológico y la idea de los dos



sexos. Y que desde el siglo XVIII la percepción más recurrente era que había “dos sexos estables, inconmensurables y opuestos y que la vida política, económica y cultural de los hombres y de las mujeres, sus papeles en el género son de cierta manera fundamentados en estos ‘hechos’. La biología —el cuerpo estable, no histórico y sexuado— es comprendida como el fundamento epistémico de las afirmaciones consagradas sobre el orden social” (2001: 18).

El estudioso alerta todavía que “tanto el modelo del sexo único como el de los dos sexos son situacionales, o sea, más de lo que verdades infalibles y neutras, adquieren sentido dentro del contexto de la lucha de género y poder” (Laqueur, 2001: 23). De esta manera, la idea formulada en la antigüedad en que la versión completa y perfecta del sexo era el hombre, mientras que la mujer era definida como un ser incompleto, una versión imperfecta del sexo masculino, así como los hechos puramente biológicos, fundamentando las diferencias de género, legitimaron y fortalecieron el patriarcado por mucho tiempo. Restos de esta percepción todavía son encontrados en las explicaciones y fundamentos que, muchas veces, aprisionan al hombre-padre en el “deber-ser” infalible ejemplar jefe de familia.

Aunque el patriarcado venga siendo cuestionado y abandonado, en las sociedades contemporáneas percibimos así mismo, en tiempos y espacios determinados, la presencia del régimen de la familia patriarcal: alrededor del padre se encuentran mujer e hijos/as; la autoridad del hombre impuesta institucionalmente, del hombre sobre ellos/as en el ámbito familiar; el apellido paterno, que pasa de generación en generación (lo contrario sólo ocurre si se abre un pro-



ceso para que el niño use por último el apellido materno); la exigencia social de que el padre responda (económica y moralmente) por su familia y de que procrea la especie.

En los años noventa del siglo XX, en Occidente la familia patriarcal se mostró en crisis, lo que puede ser notado con el aumento de divorcios y separaciones indicando una insatisfacción de ese modelo familiar, acompañada de las dificultades de conciliar casamiento, vida y trabajo. En esta situación surgen otras estructuras familiares diferentes de la mononuclear (madre, padre e hijos/as) que generalmente tenían al padre como pilar de sustento.

En las últimas décadas se ha expuesto mucho sobre la masculinidad y sobre la paternidad en el Brasil y en otros lugares del mundo (occidental por lo menos). Marko Monteiro (1997), en su análisis de artículos de la revista *Ele Ela*, busca delinear un estudio de la masculinidad. El autor afirma que, a partir de las perspectivas posestructuralistas, los estudiosos fueron llevados a percibir cómo diferentes conceptos de masculinidad son construidos social e históricamente y cómo los sentidos atribuidos a la masculinidad se relacionan con prácticas de poder específicas.

Donald Sabo, estudioso americano, comenta sobre cuánto los hombres precisan repensar sus identidades, sus sexualidades y sus patrones de vida: “los hombres se benefician cambiando a sí mismos y rehaciendo la red de sus relaciones. Nosotros ya sabíamos que el patriarcado era un problema para las mujeres, y ahora comenzamos a entender que el patriarcado también echa a perder la vida de los hombres” (2002: 45).



Los estudios sobre género acerca de esos aspectos surgieron a partir de los cuestionamientos del patriarcado, de la superioridad masculina, de la “obligatoriedad” de la heterosexualidad y de la manera como los hombres se relacionaban consigo mismos, con otros hombres y con las mujeres (Monteiro, 1997).

La paternidad puede ser percibida como una experiencia legitimada por propósitos culturales, una construcción producida y que produce un contexto social. Gran parte de esas construcciones se apoyan en los discursos psicológicos que, según Erica Burman (1998), recientemente incorporaron a los padres en la literatura de esta área, aunque la madre sea designada como “cuidadora” principal. En sus estudios, la autora resalta que en la década de los ochenta del siglo XX hubo una estrategia de incluir a los padres en la creación infantil generalizando el término maternal, pero de manera que las “funciones” paternas fueran/sean de complementación. La publicación *Day-Care* (1982), de Alison Clarke-Stewart, citada por la autora, dice que el padre, aunque pueda proporcionar afecto y disciplina como la madre, es muy probable que sea compañero de juegos físicos y actividades agitadas. Además de eso, el padre también proporciona apoyo psicológico a la madre, participando de esta forma en el desenvolvimiento infantil de manera indirecta a través de la madre.

Burman, además de afirmar que las teorías psicológicas no son o son poco reformuladas, señala que no acompañan las modificaciones sociales; destaca también que la reciente preocupación histórica por la paternidad puede provenir de algunos cambios de los



últimos tiempos, con el aumento de mujeres en el campo de trabajo, el aumento de familias uniparentales, sobre todo en las que el padre es responsable, el aumento del desempleo de los hombres, además de los movimientos masculinos que vienen creciendo cada día y que “exigen” que sus derechos de paternidad sean ampliados. Entre tanto, la autora recuerda que “Aunque algunos hombres se aventuran en esferas culturalmente femeninas, parece haber un escaso movimiento recíproco hacia la secesión del privilegio masculino, dejando por lo tanto intacta la estructura patriarcal de las relaciones de poder” (1998: 131).

Las posibilidades sobre las formas de vivenciarse las identidades paternas, como, por ejemplo, parejas homosexuales adoptando hijos/as; “nuevas” identidades, como la metrosexual,² medios de comunicación virtuales específicos para padres y sus preocupaciones para con los/las hijos/as, en fin, esas otras miradas vienen relacionándose con los crecientes estudios sobre la paternidad en las áreas de educación, sociología y antropología, aunque su mayor presencia se localice en estudios bajo perspectivas médicas, psicológicas y jurídicas.

Inês Hennigen recientemente investigó acerca del hombre contemporáneo y sobre paternidad, proponiendo que el padre demuestra ser “atemporal”, una vez que se muestra difícil coordinar-lo al hombre contemporáneo, según discursos de los materiales utilizados.³ Con el objetivo de comprender la dimensión de la

² Metrosexual sugiere una identidad masculina narcisista, de las grandes ciudades, articulada al amor propio, de carácter narcisista y consumista, que destaca la vanidad, belleza y estatus profesional/económico. Uno de sus íconos internacionales es el jugador de fútbol David Beckham, según el autor del término, el escritor inglés Mark Simpson.

³ Investigación fundamentada en la revista *Vitrine*, publicada dos sábados antes de la fecha conmemorativa y tres reportajes publicados el propio domingo del día de los padres, en el periódico *Correio do Povo* (diario de mayor tiraje en el RS/Brasil).



subjetividad masculina, inmersa en una red social y cultural, la autora recuerda que las pesquisas sobre paternidad investigan, principalmente, la participación más efectiva del hombre en el contexto familiar y no sus múltiples posibilidades. Y que, aunque el homenaje sea para los padres, quien está en la vidriera es el hombre contemporáneo con el culto a la imagen (juventud, belleza, placer). Para eso se abre una gama de posibilidades para quien “busca localizaciones en el mundo, sea a través del tener o del parecer” (2004: 114).

En la misma investigación son retratados los “ideales” de paternidad contenidos en los reportajes. Primeramente se menciona el carácter del padre participativo, estimulando a los padres a que participen de la vida cotidiana de sus hijos, pero con un tono de “sacrificio” y dentro de “ciertos límites”, como por ejemplo: “el sagrado fútbol es dejado de lado” y el padre “pone manos a la obra”, él participa, pero dentro de ciertos límites. Al final, las relaciones de género no cambiaron tanto (Hennigen, 2004: 124).

Hennigen resalta también los discursos de especialistas que forman los conceptos de paternidad y familia, prescribiendo tareas y responsabilidades que busquen aproximar al hombre del hijo/hija; mencionan su participación, pero al mismo tiempo refuerzan la asimetría entre los géneros tan peculiar de la lógica patriarcal (2004: 125). Los padres mostrados en los reportajes están paradójicamente “fuera” de la “norma” de la familia nuclear: uno de ellos es separado y otro, padrastro. La separación familiar es considerada como problemática, pues provoca la vulnerabilidad de los niños.



En nombre de la “preservación” “se ‘desaconseja’ —o por lo menos se deja en evidencia el riesgo potencial— de composiciones familiares alternativas” (2004: 123, comillas de la autora), aunque ese discurso venga en contra de las modificaciones sociales de las familias contemporáneas.

En ese sentido, es relevante cuestionar de qué forma algunos definidores que constituyen las identidades masculinas “permiten” la asociación de esas identidades con las paternidades actuales, como la de metrosexual o un padre “presente” y “cuidador”, por ejemplo.

La investigadora Claudia Fonseca, al analizar los caminos de la adopción, explota el concepto de familia; resalta que éste (concepto) acostumbra estar directamente ligado a la familia conyugal (residencia de una pareja y sus hijos) “siendo la casa el lugar de las mujeres y niños; y el espacio público de la calle, el dominio por excelencia de los hombres”. Muchas personas olvidan que ese “patrón” familiar emergió sobre un contexto histórico específico, alrededor del siglo XVIII, siendo consolidado a partir, por ejemplo, de la centralización del Estado y de la individualización de salarios. La familia conyugal, conforme a la autora, se consolidó en el siglo XX, a partir de “tácticas seductoras de persuasión: sueldos dignos, escolaridad universal de alta calidad y una mejoría general de las condiciones de vida de la clase operaria”; no se trata de una visión simple de evolución, sino de “un enorme abanico de prácticas de organización doméstica y social, dando prueba de la creatividad de los humanos para inventar formas culturales conforme el contexto en el que viven” (1995: 20-21).



Fonseca señala asimismo que la familia patriarcal extensa no era más común en el pasado que hoy y también que las familias pequeñas y dirigidas por mujeres no son ninguna invención de la modernidad. En relación con Porto Alegre/RS (y yo diría que lo mismo ocurre en muchas otras localidades brasileñas), la investigación comprobó que la “identidad paterna es con frecuencia asegurada por la participación de tías y abuelas paternas en la vida del niño”. Y así, aunque el padre no “funcione” como proveedor o cuando no vive con los hijos, ofrece una “identidad social, elemento fundamental para la integración social del niño” (Fonseca, 1995: 89).

La obra titulada *La familia en desorden*, de Elizabeth Roudinesco, presenta significativos abordajes acerca de las familias occidentales, resaltando tres grandes características: la familia “tradicional” (bajo el orden del mundo inmutable y sometida a la autoridad patriarcal —Dios Padre—); la familia dicha “moderna” (de lógica afectiva, bajo la división de poderes entre el Estado y los padres); la familia “contemporánea” (deseo de familia —valorizadora— de la vida privada, con rupturas y recomposiciones conyugales, imágenes destituidas de padre heroico y guerrero). La autora también aborda las tecnologías biológicas, como detención del poder materno (que exige o excluye al hombre-padre), así como también el “futuro de la familia”, al pensar sobre el movimiento de la historia, sobre padres homosexuales y el derecho de éstos en constituir una familia, afirmando que “la familia del futuro precisa ser reinventada” (2003: 199).

A partir de pesquisas como ésta que me propuse, fue posible percibir las representaciones y discursos sobre la familia que circu-



lan en diferentes pedagogías culturales, como, por ejemplo, la “preservación” de la familia nuclear como la “ideal” y que traen consigo complejos procesos de poder que legitiman algunas maneras de vivenciarse la identidad en detrimento de otras. En función de eso, muchas personas pueden no “encontrarse” en cuanto a su estructura familiar, visto que, posiblemente, ésta se diferencia de la “norma nuclear”.

En el caso de las identidades de género, Joan Scott (1995) afirma que el género participa de la constitución de relaciones sociales fundamentadas en las diferencias percibidas entre los sexos, siendo una forma primaria en el interior de la cual, o por medio de la cual, el poder es articulado. El propio “sexo” es una construcción cultural, una vez que también es nombrado por el lenguaje. En ese sentido de “construcciones”, los discursos sobre el padre frecuentemente están relacionados con ideas de proveedor financiero, héroe, fuerza, inteligencia, protección. Entre las varias formas de poder a que el hombre es sometido, como la conquista del estatus social y de la constitución de una familia, está la mayor prueba de virilidad: la perpetuación de la especie (Bosco-Filho, 2004).

A partir de los estudios de Michel Foucault, se puede pensar que otras paternidades diferentes de las citadas arriba no sean tan recurrentes por no estar en el orden del discurso; esto es, aunque se perciban muchos cambios sociales en relación con las paternidades, las representaciones que más circulan son aquellas que definen a los padres a partir del discurso que los envuelve en una relación distante del día a día de su prole. El autor afirma que “nadie entra-



rá en el orden del discurso si no satisface a ciertas exigencias o si no es desde el inicio, calificado para hacerlo” (1996: 37). De esa forma, algunos padres pueden, en cierto tiempo y espacio, ser considerados fuera del orden del discurso recurrente por asumir determinadas posiciones/prácticas paternas o, incluso, porque la paternidad sea ejercida por otras personas socialmente “no calificadas”, como hombres que no sean heterosexuales, por ejemplo. Tal situación es posible que se encuentre en el discurso jurídico brasileño, que impide, en primera instancia, que parejas homosexuales adopten hijos/as, legitimación ampliamente respaldada por otros discursos de las áreas médicas y psicológicas.

La comprensión de que el sujeto tiene innumerables identidades y que éstas se articulan entre sí, pudiendo ser conflictuantes o mutantes durante toda su vida, y que sufren efectos desde las posiciones de sujeto vivenciadas a partir de los discursos (y sus subjetivaciones) con los cuales el sujeto se mueve, nos lleva a percibir que las identidades pueden ser articuladas y experimentadas de diversas formas. Eso nos muestra que algunas voces y discursos son más internalizados que otros. Entiendo el discurso como una construcción impregnada de relaciones de poder que produce “verdades” y saberes que definen prácticas sociales de sujetos. Ese saber es cristalizado por las relaciones de poder/saber; el poder se vuelve productivo al producir acciones a través de saberes, que funcionan como estrategia de poder. En ese caso, hay diversas “legitimaciones” sobre un determinado tema, pero, a través de estas relaciones de poder, algunos discursos se colocan en lugares más privilegiados



que otros, dependiendo de los efectos de poder que puedan incidir sobre la relación entre sujetos de esas “verdades” (Foucault, 1992).

Paternidad y cultura

Los estudios culturales en educación, en la perspectiva posestructuralista, comprenden la cultura como práctica de significancia, códigos de significados que dan sentido a nuestras acciones, como un campo de producción de significados en el cual grupos sociales situados en posiciones diferenciadas de poder, luchan por la imposición de sus significados (Hall, 1997 y Silva, 2000b).

En ese sentido, las luchas de legitimación de algunos significados más que de otros son hechas en la articulación del saber/poder que son producidas de forma concomitante. Las verdades legitimadas, por ejemplo, por los discursos médicos y psicológicos, acostumbran a ser vistas por muchas personas como incuestionables. De esta forma, los discursos de la medicina y de la psicología son considerados “universales” para explicar las “fuertes” relaciones de las madres con los hijos/as, al mismo tiempo en que perciben a los padres como coadyuvantes. Vale resaltar que la educación se apropia de esos discursos para legitimar sus acciones y sus discursos, como, por ejemplo, la presencia de la madre en la vida escolar, en las reuniones con profesores, “exigencias” que no son igual de fuertes en relación con los padres.

Eso atribuye un poder significativo a los dichos de los profesores de esas áreas, que también producen saberes en función de ese



propio poder conquistado por la legitimación de determinados discursos. Así, el saber resulta del propio poder; es decir, tiene más poder aquel que tiene un diferencial sobre los otros, en ese caso, las voces (saberes) de las áreas referidas arriba. Al discurso, Hall lo comprende como

una serie de afirmaciones, en cualquier dominio, un lenguaje para poder hablar sobre un asunto y una forma de producir un tipo particular de conocimiento. El término se refiere tanto a la producción de conocimiento a través del lenguaje y de la representación, cuanto al modo como el conocimiento es institucionalizado, modelando prácticas sociales y poniendo nuevas prácticas en funcionamiento (1997a: 29).

El lenguaje por ser comprendido, de acuerdo con la concepción foucaultiana, como constituidor del propio pensamiento y que, así, precede lo que pensamos ver en el mundo, también produce identidades. Así, los sujetos ocupan posiciones diferentes, teniendo en cuenta los discursos con los cuales se relacionan, y muchas veces dan la impresión de haberse producido al contrario del propio sujeto que ha sido “atravesado” por esos discursos. Hall (1997a), sobre la atribución de significado, afirma que lo mismo no surge de las cosas en sí, de una supuesta “realidad”, más de juegos de lenguaje y de los sistemas de clasificación en los cuales las cosas están insertas y que todo aquello que consideramos hechos naturales, nada más son fenómenos discursivos.



Así, muchos de esos fenómenos discursivos buscan una voluntad de saber sobre lo desconocido, sobre lo todavía “insuficientemente etiquetado”: se crean discursos sobre determinados sujetos teniendo como base una norma igualmente construida. La pedagogía practica esa voluntad de saber sobre aquellos definidos como fuera de los patrones de aprendizaje, por ejemplo, buscando respaldar sus discursos, principalmente, en el área de la psicología y de la medicina. Esos saberes legitimados son reforzados por la circulación de los discursos en una determinada cultura y con determinadas intensidades y formas, adquiriendo mayor legitimación o no a partir de las prácticas discursivas establecidas. Foucault (1970) habla sobre esa voluntad de saber afirmando que las mismas son (re)conducidas por prácticas discursivas como la pedagogía, como el sistema de los libros, de la edición, de las bibliotecas. Y también recordando que son reforzadas de forma más contundente “por el modo como el saber es aplicado en una sociedad, como es valorizado, distribuido, repartido y de cierto modo atribuido” (2003: 17). Las prácticas discursivas son entendidas, según el autor (1997), como actos de lenguaje cargados de “verdades”, manifestados por un sujeto (alguien que ocupa una posición vacía, que habla de algún lugar, envuelto por una función social) y que a partir de su manifiesto (escrito, dicho o enunciado de otra forma) se ejercerá una productividad; es decir, ejercerá un poder sobre otros que se sujetan al sujeto del enunciado.

Rosa Fischer añade que la práctica discursiva no es la mera expresión de ideas y pensamientos, “ejercer una práctica discursiva



significa hablar según determinadas reglas, y exponer las relaciones que se dan dentro de un discurso” (2001: 204). Subjetivación, en la concepción foucaultiana, es comprendida por el proceso mediante el cual el sujeto toma para sí una idea y la hace como verdad suya, persiguiéndola insistentemente.

Las representaciones, a su vez, son entendidas como formas de atribuir significados a un concepto, objeto o persona, por ejemplo, a través de prácticas discursivas comprendidas por una determinada cultura. Así, esas prácticas están articuladas con características culturalmente aceptadas, construidas y relacionadas con aquello que se quiere simbolizar. En función de esas representaciones, es decir, en el aprisionamiento de una identidad a algunas pocas características posibles, surge muchas veces lo que puede ser comprendido con una “representación totalmente reducida”: el “estereotipo”. Silvia Duschatzky y Carlos Skliar (2001) problematizan ese concepto al afirmar que el estereotipo es una de las principales estrategias discursivas de representación, como una modalidad de conocimiento e identificación, algo que debe ser ansiosamente repetido. Es importante afirmar todavía que, por medio del proceso de representación, identificamos aquello que somos y/o deseamos ser y también la manera por la cual percibimos a los otros que nos rodean.

Los discursos en ese sentido marcan las formas de ser y de percibir al otro, una vez que hay en ellos una gama de atribuciones a cada identidad. Es importante recordar que ese proceso posiblemente pueda ser conflictuante, una vez que, de cierta forma, también somos “escogidos” y constituidos por determinados discursos



más que otros. Uno de los factores que pueden interferir es la intensidad de un discurso, al mostrarse más presente que otro. Y si no estamos en el orden del discurso más recurrente para identificarnos, es posible que tengamos consecuencias que enfrentar, principalmente por identificar quiénes somos a partir de aquello que no somos y también por aquello que los otros dicen que somos. Hall (2002) afirma que la identidad surge del diálogo entre los conceptos que son representados por nosotros, por los discursos de una cultura y por nuestro deseo de responder a las señales hechas por esos significados.

Representaciones de paternidad en las piezas culturales

Hablar de paternidad es circular por un complicado proceso de discursos sobre el tema, discursos que están presentes en diversas instancias sociales y que forman parte de un “deber ser” mediante el cual el individuo busca identificar sus acciones y las identidades que posee (o quiere poseer). Vale recordar que las formas de paternidad, así como cualquier otra identidad, es modificada a partir de las representaciones e interpelaciones producidas en y por los sistemas culturales que nos rodean. Válgome de la comprensión de interpelaciones como el medio a través del cual el sujeto es reclutado para ocupar determinadas posiciones de sujeto al reconocerse y sujetarse a esta y/o a aquella forma de vivenciar sus identidades (Woodward, 2000); recordando que un sujeto tiene varias identidades que se atraviesan unas con las otras, se resalta el carácter



plural y mutante de las mismas. Hall, en relación con la identidad, afirma: "...a medida que los sistemas de significación y representación cultural se multiplican, somos confrontados por una multiplicidad desconcertante y cambiante de identidades posibles, con cada una de las cuales podríamos identificarnos —al menos temporariamente—” (2002: 13).

Es posible localizar piezas culturales, como reportajes de diarios y *sites*, advenidos de diversas áreas, principalmente la jurídica y la psicológica, que traen el deseo del hombre de luchar por el derecho a la paternidad. En un sitio brasileño que trata sobre la homosexualidad está el discurso de la psicología que refiere cómo los padres se sienten al tener que contarle a los hijos sobre su orientación sexual unida a la separación de la pareja, resaltando el desafío de “integrar las dos identidades, reduciendo, así, los conflictos entre

los sentimientos homosexuales y el ejercicio de la paternidad”.⁴ Otro ejemplo ocurrido en el Distrito Federal brasileño es el de un hombre travesti que consiguió la tutela de un niño, a quien había criado desde pequeño con el consentimiento de la madre: “Los jueces del Tribunal de Justicia del Distrito Federal (TJDF) entendieron, por unanimidad, que la opción sexual, argumento usado por la madre del niño para tener la custodia de vuelta, no impide que Jackson quede con la tutela del niño”.⁵

En relación con la distancia entre padres e hijos/as, Jorge Lyra analiza el momento de gravidez. El autor afirma que en la mayoría

⁴Klecius Borges. *Desafios e dilemas de pais homossexuais*. Disponible en <http://www.armariox.com.br/htm/artigos/pages/a20-paishomossexuais.htm>. Acceso el 4 de abril de 2004.

⁵Disponible en <http://www.pailegal.net/chicos.ast?rvTextold=1079210178>. Acceso el 16 de marzo de 2004.



de las veces es reforzada la idea de que son las mujeres quienes cargan la gravidez: “casi nunca se pregunta al hombre sobre su participación, responsabilidad y deseo en el proceso de reproducción” (1997: 23). Entretanto, discursos recurrentes están abriendo la posibilidad de que el padre disfrute el embarazo, viendo ese momento no únicamente como biológico sino movido también por sensaciones, descubrimientos y experiencias; por ejemplo, el libro de Hélio de la Peña, un importante cómico brasileño, titulado *O livro do Papai* (2003), que se presenta como *un manual práctico y divertido para quien va a encarar los desafíos de la paternidad*.

El libro ofrece sugerencias, conforme su propia presentación, *valiosas y graciosas para maridos, enamorados y amantes a punto de asumir la paternidad*. De la Peña habla también sobre los miedos e inseguridades comunes a todos los hombres antes y después del nacimiento del bebé. En el mercado editorial brasileño está también el libro *Sou pai e agora?* (2003), de Gugú Liberato, un reconocido presentador de la televisión brasileña, quien habla sobre las alegrías y desafíos de ser padre, mostrando *cuánto cree que es importante usar el amor para aprender y re-aprender en esta nueva experiencia*.

Entre la creciente aparición de libros que tratan sobre la paternidad actual, resalta uno que aborda el desplazamiento en el pensamiento fijo de relacionar poco al padre con el embarazo. Se trata de *O manual do grávido* —“una guía completa del pre natal al parto para que usted pueda aprovechar su gravidez y su grávida”—.⁶ Esa guía, según su presentación, tiene por objetivo suplir la carencia cultural y la falta de

⁶ Edición de 2000, escrito por Claudio Csillag y Humberto Saccomandi. Demás datos, ver bibliografía.



orientación de generaciones anteriores, además de estimular la “gravidez masculina” como el camino para una “paternidad responsable y satisfactoria”, por ser “una de las más agradables fases de su vida” (2000: 9). Con un lenguaje ligero y muchas veces gracioso, este manual se preocupa en no ser denominado como sexista, afirmando que a pesar de haber sido escrito por hombres, sobre hombres y para hombres, los términos lingüísticos serán escritos “en el masculino, que es la forma neutra de género en la lengua portuguesa”, incentivando la “corrección política” de leerse, por ejemplo, (el/la) médico(a) donde esté escrito el médico. Además de eso, explica que los términos grávida, mujer, colega y compañera serán utilizados independiente de “ella ser su esposa, enamorada, novia, amiga, etc. Al final, el embarazo no exige comprobante de matrimonio” (2000: 12). A lo largo del manual son identificados los tipos comunes de grávidos, las manifestaciones “clínicas” del instinto paterno, síndrome del pánico paterno, diferencias entre la gravidez masculina y la femenina, además de explicaciones detalladas de cada etapa de la gravidez, licencias y legislación, cuidados con la relación de la pareja, planificaciones antes de embarazar, inclusive cómo convivir con la situación cuando el hombre quiere tener un bebé y la mujer no: “el embarazo masculino sucede en la cabeza, mientras que el femenino se concentra en el vientre, con efectos visibles por el resto del cuerpo. ...Mientras la mujer simplemente queda embarazada, usted precisa embarazar” (2000: 11):



existen algunas señales típicas que surgen cuando usted, aunque no lo perciba está con voluntad de embarazar y ser padre. Es el instinto paterno. De repente aquellos bebés incómodos que hacen barullo en restaurantes, en el cine o en la casa de amigos resultan “casi” lindos (vea bien, “casi” usted todavía no precisa amarlos). Usted ya no ve nada de errado en quedarse jugando, con la voz infantilizada, con una de esas criaturas. Si usted se deja aficionar por la sonrisa de un niño, es una señal típica del instinto paterno manifestándose (2000: 15).

Esas rupturas discursivas son seguidas por muchas otras, como el crecimiento y el surgimiento de campos de conocimiento y de movimientos sociales que argumentan otras formas de vivenciarse la paternidad, tales como *sites*,⁷ *chats*, publicaciones en periódicos, revistas y libros entre otros, aunque la (re)afirmación de la búsqueda de la homogeneidad normalizante insista en hacerse presente en diversas instancias. Ante estas resignificaciones, muchos discursos recurrentes en los medios de comunicación, tanto televisivos como escritos, también tratan la paternidad desde una “nueva” perspectiva, abordando responsabilidades y acciones de un “nuevo” padre frente a la familia y, sobre todo, los/las hijos/as. Esa “nueva paternidad” es comprendida por Benedito Medrado (2001) como una concepción de la participación más efectiva de los hombres en el cotidiano familiar, particularmente en el cuidado del niño, a pesar de que el autor, cuidadosamente, haga objeciones al término

⁷ Algunos *sites* actuales que engloban la paternidad, bajo la óptica de constituir otras relaciones entre padres e hijos/as: www.pailegal.net; www.ufpe.br/pai/; www.paisparasemprebrasil.org/; www.pai.com.br; www.aleitamento.org.br/pai.



“nuevo”, advirtiendo que el uso del mismo está ocurriendo para aludir a un movimiento político y conceptual acerca de los modos contemporáneos del ejercicio de la paternidad, contrastando con el precedente, aunque cargue preceptos “viejos” consigo.

Un ejemplo de esa “nueva paternidad” fue encontrado en el *link* “mujer” del *site* Terra.⁸ Cuenta la experiencia de un empresario, separado de su esposa, que luchó ante la justicia para tener la custodia de la hija, con quien ya vive desde hace cuatro años: “sin niñera, él asume todas las tareas: de la alimentación a las idas al médico o las reuniones en la escuela”. Para el empresario, de la misma manera como las mujeres consiguieron su emancipación, ocupando espacios en el mercado de trabajo, “los hombres también vencieron, pero en el campo personal, creando posibilidades para aproximarse a los hijos, con una relación de cariño y participando efectivamente de la vida de los niños”.

La “nueva paternidad” también puede ser encontrada en la propaganda televisiva, la cual rompe con una “percepción tradicional” del hombre y del padre, en la cual se muestra un padre y sus tres hijas compartiendo momentos importantes del día a día: comida, baño, la hora de dormir contando historias, juegos, compras, mientras la madre supuestamente trabaja en la computadora en casa:⁹

⁸ Site: www.terra.com.br
⁹ Vehiculada por la red de supermercados Zaffari/Bourbon en los meses próximos al día de los padres, día de los niños e inicio de la primavera de 2004.

Gilberto tiene pasión por flores. Sus preferidas son la Hortensia, la Rosa y la Margarita (hijas). ¡Margarita! Las tres siempre van al Zaffari con él. Como buen apasionado, Gilberto



adora cuidar de sus florecitas. Retira las espinas... Y no se olvida de regar la menorcita. Después del baño es la hora de la inspección: cada flor tiene su olorcito. La Rosa casi se desmaya de tanto sonreír. Quién la mandó a ser la más perfumada. ¡Ufa! Está difícil de agarrar el bouquet entero. Ahora es la hora de llevar otras flores para casa. Para Ana (esposa)... que no tiene nombre de flor, mas que dio vida a este jardín. Historias así suceden por aquí. Y es muy bueno ser parte de ellas.

De ese recorte podría resaltarse: la felicidad de la familia en sustentar esa forma de relación entre padre e hijas; la presencia del padre como medio para esa felicidad; aunque la madre sea mostrada en espacio privado, ella aparece trabajando mientras el padre cuida de los otros quehaceres con las hijas; la heterosexualidad demostrada por la presencia de la madre; la formación familiar nuclear; la “norma” blanca y de clase media, etc. Es interesante pensar de qué manera padres, madres e hijas/os se identifican (o no) con las representaciones contenidas en esa propaganda y de qué manera es posible identificar a los otros a partir de lo que fue presentado. Así, independientemente de los posibles efectos de esas representaciones, se destaca que propagandas como ésta son raras, tal vez no estén totalmente “fuera” de los discursos recurrentes sobre la paternidad, pero con certeza a veces se distancian de las prácticas de identificación de muchas familias, prácticas impregnadas por relaciones de poder (posibles de ser percibidas en diversos discursos, entre ellos la meta arriba citada).



De esa forma, es posible percibir nuevamente la estrecha unión entre discurso y saber/poder, una vez que el sujeto produce y es producido por los discursos y también porque hay determinadas voces que tienden a anular otras tantas. Referente al carácter productivo del poder y su aceptación, Foucault afirma: “lo que hace que el poder se mantenga y que sea aceptado es simplemente que no pesa no sólo como una fuerza que dice no, pero que de hecho él traspasa, produce cosas, induce al placer, forma saber, produce discurso” (1990: 8).

¹⁰ Guía americana escrita por Harry H. Harrison (2004).

Uno de esos discursos producidos y cargado de poder productivo puede ser encontrado en *De pai para filho*,¹⁰ una “guía sobre las delicias y responsabilidades de la paternidad” que, en su introducción, ya afirma que “Hacer de un niño un hombre es un trabajo de hombre. Desde el inicio de los tiempos, cabe al padre hacer de su hijo un sujeto responsable, bueno, corajoso y digno. Los niños no vienen con instrucciones. Vienen, sí, con amor ilimitado y espíritu aventurero. Mas la jornada hasta que se tornen hombres comienza muy temprano, cuando por la primera vez miran a sus padres y piensan: ‘Quiero ser como él’” (Harrison, 2004: 8).

Algunas partes de esa guía (re)afirman cómo los niños deben ser educados para hacerse hombres:

Nunca se olvide de que usted no puede abrazar, acariciar o besar de más a un niño pequeño. Recuerde, los niños son



como cachorros de león: ellos muestran afecto abrazándose, agarrándose y rodando unos por arriba de los otros (p. 25).
Acepte el hecho de que tal vez él juegue con muñecas. No quiere decir nada. Déle de regalo alguna cosa donde colgarse, un trepa-trepa o barras paralelas. Alguna cosa (p. 12).
IncentíVELO a convidar a la rubiecita para ir al cine (p. 56).
LléVELO a tomar el desayuno en la confitería el sábado. Deje a la madre dormir hasta más tarde (p. 31).

Es a partir de esa producción de sentidos y acciones que los discursos van “enseñando” a niños y adolescentes sobre las maneras de ser, pensar y actuar. Así, las piezas se vuelven significativas en esa pesquisa, entre otros aspectos, por su carácter de agente cultural, colocado en una pedagogía cultural que instaura “verdades” sobre determinadas identidades que los individuos puedan tener.

En ese sentido, alrededor de una norma constituida están los padres, todos diferentes entre sí (con sus probables relaciones con otras identidades que lo constituyen), relacionándose con esa norma en mayor o menor grado, de forma más o menos efectiva, en fin, a partir de la lectura hecha de esa norma. Debe tomarse en consideración, entonces, que ningún padre es igual a otro padre, y que todos son diferentes, porque así son constituidos y se constituyen (a través de procesos de diferencialismo y a través de las múltiples “lecturas” posibles), a partir de discursos sobre “normalidad”, aunque puedan compartir semejanzas en las formas de experimentar sus identidades. Sobre *diferentes y diferencialismo*, Skliar afirma que



“los ‘diferentes’ responden a una construcción, una invención, quiere decir, son un reflejo de un largo proceso que podríamos llamar de ‘diferencialismo’, esto es, una actitud de separación y de disminución de algunos trazos, de algunas marcas, de algunas identidades en relación al vasto y caótico conjunto de diferencias humanas” (2004: 3).

Tomando en consideración que el padre frecuentemente es percibido como todo aquello que se distancia del mundo femenino/materno, es posible que, de cierta forma, sea visto como el otro de la maternidad. Cabe aquí referir cuánto la maternidad es colocada en una posición de centralidad, siendo entendida por muchos como una “esencia” instalada en las mujeres. Parece que, en ese caso, el feminismo es remitido a una naturaleza irremediable, de la cual ninguna mujer debe/puede escapar. Y los hombres, en la condición de futuros padres, tienden a no ser vistos/colocados de la misma manera; es decir, los hombres no son alzados a ese lugar que les otorga una naturaleza propia para la paternidad.

Aunque muchos discursos defiendan que generar un/a hijo/a y criarlo/a es algo “natural” para las mujeres, mientras que los hombres aprenden “forzadamente” a realizar las prácticas paternas, otros discursos, que se aproximan de los pensamientos posestructuralistas, creen que ambos (hombres y mujeres) construyen, en el transcurso de la vida, sus identidades, atribuyendo a las mismas un carácter híbrido y mutante. Lo que ocurre es que el acometimiento hecho en las mujeres para que éstas, desde muy “temprano”, “aprendan” a ser buenas madres no es enseñado a los hombres. La mayoría de



las mujeres, desde la infancia, vivencian y son interpeladas por discursos y prácticas que abordan el cuidado con muñecas, cambio de pañales, amamantamiento; mientras que para muchos hombres tales discursos y prácticas no les interpelan con semejante intensidad y frecuencia. De esta forma, dentro de una especificación cultural de cómo deben ser madres y padres, los “aprendizajes” de ser madres están, en muchas situaciones, más presentes que los “aprendizajes” de ser padres, provocando discursos que pueden anular o distanciar cualquier “condición de posibilidad” de los hombres de ir en busca de una paternidad que abarque algo diferente de un proveedor financiero y protector de su prole, además de un padre juguetero de fin de semana, como muchas narrativas culturales afirman.

Otro ejemplo posible se trata de la naturalidad con que la paternidad es, muchas veces, “olvidada” durante la gestación, haciéndose presente solamente después del nacimiento del retoño y todavía en muchos casos, asistiendo a la mujer para que ella tenga condiciones de cuidar, amamantar, limpiar al bebé. Esa ausencia es perceptible en los eventos conocidos como “té de pañales”, cuando la embarazada recibe a las amigas para conversar, recibir regalos para el bebé, etc. En la mayoría de los casos, la presencia masculina es negada o, por lo menos, indiferente. En nuestra cultura ése se volvió un momento femenino de fraternizar en torno a la llegada del/a hijo/a.

La paternidad tiende a ser excluida, anulada durante muchos momentos del embarazo, como si los padres no pudieran —incluso como si ellos no tuvieran, como si no desearan o no fuera también



su responsabilidad— saber cuántos pañales desechables son necesarios para los primeros meses de vida, si la etiqueta colorida del pañal desechable queda en la barriga o en la espalda del bebé, cuántas mamaderas son necesarias para diferentes finalidades, qué ropas son indicadas para los primeros días del bebé, cómo higienizarlo cada vez que cambie los pañales y tantos otros detalles comentados en esas reuniones. Vale resaltar que muchos padres están buscando una participación y conocimiento sobre estos momentos con el bebé. No se puede dejar de considerar un movimiento constante de participación de padres en la sala de partos (aunque esa situación posiblemente ocurra con más frecuencia en parejas favorecidas económicamente, como una “moda” de filmar ese momento, además de la propia presencia del padre), participación de los padres en los cursos para embarazadas, entre otras situaciones actuales.

Lo que se pretendió con estos ejemplos fue resaltar cómo la institución de normas de cómo debe ser un padre, por ejemplo, puede delimitar espacios, determinar identidades, subjetivar sujetos a través de discursos presentes en pedagogías culturales y otras instancias, como la escuela. Según Silva:

Fijar una determinada identidad como la norma es una de las formas privilegiadas de jerarquía de las identidades y de las diferencias. La normalización es uno de los procesos más sutiles por los cuales el poder se manifiesta en el campo de la identidad y de la diferencia. Normalizar significa elegir —arbitrariamente— una identidad específica como el parámetro en



relación al cual las otras identidades son evaluadas y jerarquizadas. La identidad normal es 'natural', deseable, única. La fuerza de la identidad normal es tal, que ella ni siquiera es vista como una identidad, sino simplemente como la identidad. Paradójicamente, son las otras identidades que son marcadas como tales (Silva, 2000a: 83).

Paternidad(es) fluidas y provisorias

Los análisis hechos aquí servirán como incentivo para otras percepciones acerca de la paternidad, enfatizando su carácter de fluidez y de provisoriedad y problematizando las representaciones paternas, inclusive las representaciones que no aparecen/son anuladas en esos materiales. No me propuse, ciertamente, descubrir una manera "más correcta" de representar la paternidad, tampoco de hacer experiencia con esa identidad. De la misma manera que no hubo interés de analizar "cualidades" culturales reunidas, bien como la presencia, relevante o no, de éstas en instancias como las escuelas y los hogares de las familias contemporáneas. Lo que se resaltó fueron las representaciones de las identidades paternas, llevándose en consideración la idea de representación como un sistema lingüístico y cultural arbitrario, indeterminado y estrechamente unido a las relaciones de poder (Silva, 2000a).

Ante las diversas identidades paternas y la heterogeneidad de cada sujeto con sus innumerables identidades, cabe a cada uno elegir qué identidades vivenciará y de qué forma su paternidad



será experimentada, teniendo en cuenta los valores y conceptos en los cuales cree y, también, la posibilidad de ser elegido por los discursos, en un complejo e híbrido proceso de subjetivación. Hennigen afirma: "...para desear una comprensión que abarque la posición del padre en nuestro tiempo, es fundamental buscar los significados que están circulando, sus contradicciones, rupturas con antiguas significaciones, relaciones con discursos de diferentes órdenes, en fin, colocar la paternidad como una cuestión cultural" (2003: 202).

Bibliografía

- BOSCO-FILHO, João. *Papai é gay!* Disponible en: <http://www.artnet.com.br/~marko/papaigay.htm> Acceso el 20 de enero de 2004.
- BURMAN, Erica. *La deconstrucción de la psicología evolutiva*. Visor, Madrid, 1998.
- CONNELL, Robert W. "Políticas da masculinidade", en *Educação e Realidade*, vol. 20, núm. 2, julio-diciembre, FAGED/UFRGS, Porto Alegre, 1995, pp. 185-206.
- CSILLAG, Cláudio y Humberto SACCOMANDI. *O manual do grávido*. Publifolha, São Paulo, 2000.
- DE LA PEÑA, Hélio. *O livro do papai*. Objetiva, São Paulo, 2003.
- DUSCHATZKY, Silvia y Carlos SKLIAR. "O nome dos outros. Narrando a alteridade na cultura e na educação", en LARROSA, Jorge y Carlos SKLIAR (coords.). *Habitantes de Babel. Políticas e poéticas da diferença*. Autêntica, Belo Horizonte, 2001.



- FISHER, Rosa. “Foucault e a análise do discurso em educação”, en *Cadernos de Pesquisa*, núm. 114, Fundação Carlos Chagas, 2001.
- FONSECA, Cláudia. *Caminhos da Adoção*. Cortez, São Paulo, 1995.
- FOUCAULT, Michel. *Microfísica do poder*. Graal, Rio de Janeiro, 1990.
- *As palavras e as coisas*. Martins Fontes, São Paulo, 1992.
- *A verdade e as formas jurídicas*. Nau, Rio de Janeiro, 1996.
- *A arqueologia do saber*. Forense Universitária, Rio de Janeiro, 1997.
- *A ordem do discurso: Aula inaugural no Collège de France*, pronunciada el 2 de diciembre de 1970. Loyola, São Paulo, 2003.
- HALL, Stuart. “A centralidade da cultura: Notas sobre as revoluções culturais do nosso tempo”, en *Educação e Realidade*, vol. 22, núm. 2, FAFCD/UFRGS Porto Alegre, 1997.
- *A identidade cultural na pós-modernidade*. DP&A, Rio de Janeiro, 2002.
- HENNIGEN, Inês. “Paternidade e mídia: Identidade/subjetividade na cultura contemporânea”, en GUARESCHI, Neuza Maria de Fátima y Michel Euclides BRUSCHI (coords.). *Psicologia social nos estudos culturais*. Vozes, Petrópolis, 2003.
- “Modos de ser homem e ser pai na mídia”, en STREY, Marlene N. *et al* (coord.). *Gênero e cultura: Questões contemporâneas*. EDIPUCRS, Porto Alegre, 2004.
- HARRISON, Harry H. *De pai para filho*. Sextante, Rio de Janeiro, 2004.
- LAQUEUR, Thomaz. *Inventando o sexo. Corpo e gênero dos gregos a Freud*. Relume-Dumará, Rio de Janeiro, 2001.
- LIBERATO, Gugú. *Sou pai, e agora? Minha experiência de ser pai pela primeira vez*. Best Seller, São Paulo, 2003.



- LYRA, Jorge. *Paternidade adolescente: Uma proposta de intervenção*. Mestrado em Psicologia Social, São Paulo, 1997.
- LOURO, Guacira. *Gênero, sexualidade e educação: Uma estrutura pós-estruturalista*. Vozes, Petrópolis, 1998.
- MEDRADO, Benedito. "Homens na arena do cuidado infantil: Imagens veiculadas pela mídia", en ARILHA, Margareth; Sandra UNBEHAUM y Benedito MEDRADO (comps.). *Homens e masculinidades: Outras palavras*. ECOS, São Paulo, 1998.
- MONTEIRO, Marko. *A perspectiva do gênero nos estudos de masculinidade*. Disponible en <http://www.artnet.com.br/~marko/artigo.html>. Campinas, 1997. Acceso el 20 de enero de 2004.
- ROUDINESCO, Elizabeth. *A família em desordem*. Jorge Zahar Editor, Río de Janeiro, 2003.
- SABO, Donald. "O estudo crítico das masculinidades", en SILVESTRIN, Celsi y Miriam ADELMAN (comps.). *Coletânea Gênero Plural*. UFPR, Curitiba, 2002.
- SAFFIOTI, Heleieth I. B. *Gênero, patriarcado e violência*. Fundação Perseu Abramo, São Paulo, 2004.
- SCOTT, Joan. "Gênero: Uma categoria útil de análise histórica", en *Educação e Realidade*, vol. 20, núm. 2, FAFED/UFRGS, Porto Alegre, 1995.
- SILVA, Tomaz Tadeu da. "A produção social da identidade e da diferença", en SILVA, Tomaz Tadeu da (ed.). *Identidade e diferença: A perspectiva dos estudos culturais*. Vozes, Petrópolis, 2000a.
- (ed.). *O que é, afinal, estudos culturais?* Autêntica, Belo Horizonte, 2000b.



SKLIAR, Carlos. *Outras alteridades, outras perguntas: Outras políticas educativas?* 2004.

STEINBERG, Shirley. "Kindercultura: A construção da infância pelas grandes corporações", en SILVA, L. H. *et al* (comps.). *Identidade social e construção do conhecimento*. PMPA, Porto Alegre, 1997.

WOODWARD, Kathryn. "Identidade e diferença: uma introdução teórica e conceitual", en SILVA, Tomaz Tadeu da (ed.). *Identidade e Diferença: A perspectiva dos estudos culturais*. Vozes, Petrópolis, 2000.

